

Introducción a la semana

Lun

12
Sep

2022

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Una sola Fe, un solo Señor”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11,17-26.33:

Hermanos:

Al prescribiros esto, no puedo alabaros, porque vuestras reuniones causen más daño que provecho.

En primer lugar, he oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo; realmente tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quiénes resisten a la prueba.

Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena y, mientras uno pasa hambre, el otro está borracho.

¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen?

¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? En esto no os alabo.

Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo:

«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía».

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo:

«Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Por ello, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperarnos unos a otros.

Salmo de hoy

Sal 39 R/. Proclamad la muerte del Señor, hasta que vuelva

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

«- Como está escrito en mi libro -
para hacer tu voluntad
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R.

He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes. R.

Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,1-10

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaún.

Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente:

«Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle:

«Señor, no te molestes; porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo:

«Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe».

Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Reflexión del Evangelio de hoy

Reunidos en el nombre del Señor

¿Os suena esto? ¿Os recuerda a algo? ¿No os veis reflejados de alguna manera?

Por naturaleza tendemos al individualismo, a diferenciarnos de los otros, a tener nuestra propia parcela y a olvidarnos de que debemos ser una comunidad en todos los sentidos. Y como vemos estas circunstancias no son propias del mundo actual. San Pablo se lamenta de que la Iglesia de Corinto adolece de falta de unidad, de que el egoísmo habita en los corazones de los fieles y les exhorta a que recapaciten y sean un solo cuerpo eclesial, sobre todo a la hora de celebrar la Eucaristía, momento clave de la vida del cristiano.

Dentro de la Iglesia hay multitud de carismas, movimientos, congregaciones, caminos... pero no debemos olvidar nunca que todos pertenecemos a un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo y que nada ni nadie puede separarnos. No podemos pensar en "yo" o "nosotros", debemos pensar en clave universal, que al fin y al cabo es lo que significa ser católico. Y dentro de esa universalidad siempre debemos estar en clave de unidad con el Señor y con los hermanos. La separación lleva a la discordia, la discordia al egoísmo y el egoísmo al pecado. Y el pecado nos aleja de Dios. Por eso es tan importante que permanezcamos unidos a los hermanos, que seamos familia de verdad, que vivamos la fe en COMUNIÓN, y que apartemos nuestros propios intereses y gustos en favor de los demás y de la unidad de la Iglesia.

Humildad, limpieza de corazón, Fe

Para mí este pasaje del Evangelio es uno de los más enternecedores por varios motivos: la fe del Centurión, que además es un hombre bueno ("nos ha construido la sinagoga"), la misericordia de Jesús ("Jesús se admiró de él"), la curación que proviene de Cristo ("los enviados encontraron al siervo sano") Es admirable todo lo que se nos narra.

Pongámonos en situación: un hombre ajeno al pueblo de Israel oye hablar de Jesús. Tiene un siervo enfermo y acude al Maestro en busca de solución. Es un centurión, un representante del poder, pero su carácter humilde le impide presentarse en persona y envía a unos amigos. Su pureza de corazón hará que Cristo se conmueva y exclame "Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe", porque la fe de ese hombre salta a la vista de todos. No importa que sea extranjero, que sea pagano, que venga de otras tierras. Lo único que importa es su actitud ante Cristo, del que ha oído hablar y en quien cree desde el fondo de su corazón.

Cuánto tenemos que aprender del centurión... Si fuéramos como él nuestra vida sería mucho más sencilla, más llena de amor, más plena, más en comunión con Jesús y la Iglesia, y en el fondo seríamos más felices, más llenos de vida, y eso se notaría a nuestro alrededor: seríamos esa "sal de la tierra" capaz de transformar el mundo. Estoy seguro que ese día en el que la vida del centurión se cruzó con Cristo muchos de los que fueron testigos creyeron y se convirtieron, y no tanto por el prodigio de la curación como por la actitud de aquel hombre y la respuesta que obtuvo de Jesús. Seamos humildes en nuestro trato con Dios, confiemos plenamente en Él, dejemos de lado nuestras circunstancias, nuestros deseos mundanos, nuestros recelos y prejuicios: El Señor sabrá recompensarnos con su infinita misericordia.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Mar
13
Sep
2022

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Juan Crisóstomo (13 de Septiembre)

“A ti te lo digo, levántate”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol Pablo a los Corintios 12,12-14.27-31a:

Hermanos:

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en el primer lugar a los apóstoles; en el segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros; después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Ambicionad los carismas mayores.

Salmo de hoy

Sal 99 R/. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. R.

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. R.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. R.

El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,11-17

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba.

Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo:
«No llores».

Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo:
«¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!».

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo:
«Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo.»

Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Reflexión del Evangelio de hoy

Buscad los carismas mejores

Escuchamos hoy unos pocos versículos, entresacados, del muy conocido capítulo 12 de la primera carta de Pablo a los corintios. Pablo tiene una idea muy clara que desea transmitir a los cristianos de Corinto: todos nosotros, seamos quienes seamos, hemos recibido el Espíritu en el bautismo para formar un solo cuerpo en Cristo. Y lo argumenta de manera muy gráfica y fácil de comprender para todos utilizando la imagen del cuerpo humano.

Algunos subrayados que me sugiere hoy la lectura:

Pablo no nos está hablando aquí de nuestra igualdad fundamental como seres humanos, como hace en la carta a los Gálatas. Sino de nuestra unidad en Cristo. Unidad de los diferentes, de los diversos. La diversidad del cuerpo humano le sirve en bandeja la explicación que desea dar. Somos absolutamente diferentes, y absolutamente interdependientes. Y el "cuerpo" sólo es posible por la complementariedad de los diferentes. Lo que cada uno de nosotros no pongamos le falta al cuerpo.

Habla también Pablo de que las funciones que cada uno realiza en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, han sido dispuestas por Dios. Entiendo que esto significa que todo aquello que hemos recibido, que es don, lo tenemos para ponerlo en juego, para ofrecerlo, para "colaborar" al funcionamiento del cuerpo. Bien es verdad que Pablo nombra algunas de las funciones y deja entrever la existencia de problemas en la comunidad: ¿pretenden la realización de tareas consideradas importantes desde el punto de vista humano? ¿quizá las que se pueden vincular con algún tipo de poder...?

La solución la va a dar él mismo de inmediato, en el capítulo 13 de la carta. Hay un camino mucho mejor. El único seguro. Vivir en el amor. Hoy puede ser un día estupendo para leer con calma 1 Cor 13.

Muchacho, a ti te lo digo, ¡levántate!

Los evangelios contienen algunos relatos en los que Jesús resucita a una persona muerta, o salva de la muerte inminente a un enfermo. Se ha convertido para el pueblo, que viene oyendo hablar maravillas de Él, en el "último recurso" en caso de una situación desesperada.

El relato de resurrección que hoy nos presenta la liturgia no contiene ninguno de los rasgos comunes a otras resurrecciones. Nadie se dirige a Jesús para hacerle una petición de salvación. Jesús caminaba hacia una ciudad, Naín, y contempla algo que no debía ser demasiado extraño: un entierro. Y Jesús observa, Jesús escucha.

El difunto es el hijo único de una viuda. Y en la sociedad del momento eso significaba que su madre quedaba totalmente a la intemperie, sola y sin posibilidades de salir adelante. El hijo era la única posibilidad de vida digna para la madre... Jesús se conmueve. Y la misericordia entrañable se pone en acción. La debilidad, la pobreza, la vulnerabilidad, el desamparo... de la mujer, son una llamada de socorro que Él no puede dejar de atender. Y la fuerza de la vida que reside en Él le devuelve al hijo, y con él la posibilidad de vida.

Más allá de las diferentes interpretaciones que los especialistas en Sagrada Escritura hagan del relato, la llamada poderosa y firme de Jesús al muchacho, puede, sin ninguna duda, tener eco en cada uno de nosotros. Es una llamada a "despertar" y poner en acción todo aquello que en nosotros está apagado, abandonado, inactivo, "muerto". Para que los otros tengan vida.



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Juan Crisóstomo

San Juan Crisóstomo nació en Antioquía, en una fecha ignorada hasta ahora, pero que los historiadores sitúan dentro del decenio 344-354, año este último en que el emperador Constancio mandaba ejecutar a su primo Galo, al que había nombrado antes César para que, como tal, reinara en Antioquía.

Familia y formación

El padre tenía un nombre latino: Segundo, y pertenecía, con el grado cívico general, al Estado Mayor de la prefectura de Oriente, cuya capital era Antioquía. Murió muy joven, al poco de nacer su hijo Juan y cuando su viuda apenas rebasaba los veinte años. Ésta se llamaba Antusa, de linaje griego, como indica su nombre (=floreciente: Florencia) y procedía de noble abolengo, según apunta el historiador Sozomeno. En Juan conflúan, pues, en feliz mezcla, las dos principales culturas que por entonces convivían en Antioquía.

Al quedarse viuda, Antusa se entregó por entero a la crianza y educación del único hijo. Sin tocar para nada la herencia del padre, disponía, con su hacienda propia, de suficientes recursos para dar a su hijo la mejor educación. [...] Sin descuidar, pues, la formación y educación cristiana, que, por los resultados, fue sin duda exquisita y completa, la joven viuda proporcionó a su hijo los mejores maestros y las más calificadas escuelas. Juan le rinde adecuado homenaje cuando, en su obra *A una joven viuda, sobre el matrimonio único*, dice: «Efectivamente, cuando yo era un joven todavía, mi maestro, que sin embargo era el más supersticioso de todos los hombres, expresó públicamente que admiraba a mi madre. Fue, pues, el caso que, tratando de averiguar, como de costumbre, entre los vecinos quién era yo, y al responderle alguien que hijo de viuda, quiso saber por mí mismo qué edad tenía mi madre y cuántos años llevaba de viuda. Y cuando le dije que tenía cuarenta años y que habían transcurrido veinte desde que perdí a mi padre, se quedó pasmado y, mirando a la concurrencia, gritó: ¡Ah, y qué mujeres hay entre los cristianos!».

Parece ser que el maestro aludido era nada menos que el famoso Libanio (314-393), el orador y literato griego más importante de la antigüedad tardía, que en su obra encarnó gran parte de los ideales y de las aspiraciones de las clases urbanas más acomodadas de su tiempo y que, a pesar de no ser cristiano, fue maestro eficaz de jóvenes cristianos como Juan y Teodoro de Mopsuestia, y antes probablemente también de San Basilio y San Gregorio de Nacianzo.

Como señala Paladio, Juan, consciente de su «despierta inteligencia», quiso ejercitarse en las letras, con miras a ponerlas «al servicio de la cancillería imperial», siguiendo el designio de su madre, pues, cuando quiera dejarla para hacerse monje, ella le dirá: «Te he guardado íntegra tu herencia, aunque nada he dejado de gastar de cuanto era necesario para tu educación». También ella pretendía para su hijo en el porvenir una «buena posición». [...]

Contaba Juan sus veinte años cuando se bautizaba durante la vigilia pascual, en la noche del 19 al 20 de abril del año 368.

Monje

Desde ese momento, comenzó a frecuentar la escuela que Diodoro —obispo de Tarso más tarde— dirigía en la misma Antioquía, una institución que era a la vez cenobio, seminario y centro de estudios superiores, bíblicos y teológicos. [...] Ignoramos cuándo murió la madre de Juan, Antusa. Debió de ser, en todo caso, dentro de la década de los sesenta. Efectivamente, cuando a él y a su amigo Basilio intentan ordenarlos de sacerdotes, parece que Antusa no es ya obstáculo. Las razones que Juan aduce para justificar su negativa —y su treta para hacer que Basilio sí se ordenara, solo— no tienen ya nada que ver con la intervención de su madre, como en la vez anterior. Por otra parte, su actividad literaria comienza alrededor del año 370, pues conocemos por lo menos cinco tratados anteriores a su ordenación, lo que supone cierta independencia y libertad de acción.

Ya por estas calendas había echado raíces el tristemente conocido como «cisma de Antioquía», que tenía divididos a los ortodoxos en dos partidos: el del obispo Melecio y el del obispo Paulino. Fue una de tantas funestas consecuencias de los destierros decretados por los emperadores, en este caso por Juliano el Apóstata. Desde nuestra perspectiva, el obispo legítimo era Melecio, y Juan era de su obediencia y comunión.

Poco antes de su segundo destierro, Melecio, conocedor de las prendas intelectuales y espirituales de Juan, logró que éste accediera al lectorado y formara parte de sus más cercanos y fieles colaboradores.

Pero en la conciencia de Juan seguía resonando la llamada de la vida monástica y, suelto ya el nudo de los afectos maternos, creyó llegado el momento de marchar a la soledad y abrazar la vida ascética con todas sus consecuencias. Se retiró, pues, al asceterio de Silpio, situado sobre una colina en los alrededores de Antioquía, bajo la dirección espiritual de un anciano monje sirio. Corría el año 372. Al cabo de cuatro años, se sintió con ánimo y fuerzas para intentar avanzar en su camino de austeridad, «se encerró solo en una cueva, ansioso de pasar inadvertido, y allí pasó veinticuatro meses, sin dormir, la mayor parte del tiempo, y aprendiendo a fondo los Testamentos de Cristo, para desterrar la ignorancia». Así se expresa su biógrafo Paladio. Como era de esperar, este riguroso género de vida terminó minando la salud de Juan, que al cabo de una par de años - 378- se vio obligado a volver «al puerto de la Iglesia».

Presbítero y Predicador

No esperó Juan a reponerse del todo. En seguida reanudó su función de lector y comenzó su actividad en el terreno de la pastoral práctica, preocupación que se refleja en las obras de todo este período.

El mismo año de 378, muerto Valente en la batalla de Andrinópolis contra los godos, el nuevo emperador, Graciano, publicó un edicto de tolerancia, que permitió al obispo Melecio regresar a su sede. Convocado para asistir al segundo Concilio Ecuménico, que se celebraría en Constantinopla el año 381, Melecio ordenó de diácono a Juan, que ejerció como tal durante cinco años. Melecio murió durante el concilio, cuya presidencia había ejercido hasta entonces. Para sucederle, eligieron a Flaviano, con lo que se perdió la mejor ocasión para acabar con el cisma antioqueno.

Y así es como fue el sucesor de Melecio, Flaviano, quien, a finales de 385 o comienzos de 386, ordenó de presbítero a Juan.

Pero es justamente esta época, la que media entre su presbiterado y su elevación al episcopado (386-398), la más fecunda y fructuosa, y sin duda la más gratificante para un alma apostólica como la suya, enteramente consagrada al servicio de la Iglesia en su misión evangelizadora. La resume así Paladio: «Fue ordenado presbítero por Flaviano, y a la vez que brilla durante doce años en la Iglesia de Antioquía, enaltece al clero de allí con la rectitud de su vida, sazonando a unos con la sal de la sabiduría, iluminando a otros con sus enseñanzas y abrevando a todos en las fuentes del Espíritu.

Es la época dorada de su predicación, de la que nos quedan numerosas y magníficas muestras: homilías, sermones, panegíricos etc. Y de la misma época proceden también sus mejores comentarios, casi siempre homiléticos, a la mayor parte de los libros de la Sagrada Escritura, donde ejercita los métodos exegéticos aprendidos de Diodoro de Tarso, aunque dándoles siempre un toque muy personal y significativo, por su preocupación pastoral, que le distingue de los otros comentaristas. En términos puramente indicativos, citemos para el año 386 sus *Comentarios al Génesis y a Isaías*, y sus *Homilías sobre el Incomprensible, contra los anomeos* (herejes arrianos radicales).

El año 387, el pueblo antioqueno ve colmada su paciencia con el nuevo impuesto extraordinario del fisco imperial, se echa a la calle en franca rebelión y se ensaña de modo especial con las estatuas del emperador Teodosio y de su familia, derribándolas y mutilándolas. La represión de los arqueros imperiales fue brutal y Teodosio amenazó incluso con arrasar la ciudad. Trató de mediar el anciano obispo Flaviano, acompañado de dos comisionados. El presbítero Juan llenó la anhelante espera con sus celebérrimas Homilías sobre las estatuas, en las que se superó a sí mismo y logró que la elocuencia cristiana alcanzara cimas pares de la mejor oratoria clásica griega. Pero su objetivo no era el lucimiento personal, sino el consuelo y la posible conversión de los habitantes antioquenos, de los que solamente eran cristianos —y divididos— unos cien mil.

En fin, puede decirse que en estos doce años de ministerio presbiteral en Antioquía, su carisma de predicador consiguió los mejores frutos entre aquella versátil población, que solía escucharle atentamente y prorrumpir en aplausos con frecuencia, y su preocupación pastoral le hizo poner lo más posible por escrito, de modo que legó a las generaciones posteriores la impagable y magnífica herencia de sus obras, que hoy podemos leer y asimilar, al par que disfrutar.

Patriarca de Constantinopla

El Concilio de Constantinopla, del año 381, había reconocido a la sede constantinopolitana la primacía de honor después de Roma, reconocimiento que la convertía, de hecho, en patriarcado. Como San Gregorio de Nacianzo renunció antes de terminarse el concilio, el primer patriarca efectivo había sido Nectario. Al morir éste el 26 de septiembre de 397, el primado de honor había ido ya derivando poco a poco en primado de derecho, por lo que la sucesión no era fácil, dada la abundancia de candidatos, pero sobre todo teniendo en cuenta los celos del patriarca de Alejandría, Teófilo, que presentaba su propio candidato en la persona del presbítero Isidoro, hechura suya.

El gran emperador Teodosio I había muerto en 395, y el trono imperial de Oriente lo ocupaba su hijo mayor, Arcadio, de carácter débil y fácilmente irritable, que había dejado el gobierno en manos de sus ministros, sobre todo en las de su valido el eunuco Eutropio.

Fue precisamente Eutropio quien rechazó la candidatura alejandrina y fijó su elección en la persona del presbítero Juan de Antioquía, cuya fama de hombre capaz de sofocar y apaciguar una revuelta con su elocuencia había subido hasta él. Eutropio se las ingenió para sacar de Antioquía a Juan, sin que supiera el verdadero motivo, y llevárselo a Constantinopla en la diligencia del correo imperial. En el transcurso del viaje y muy lejos ya de Antioquía, le informaron a Juan que le conducían a Constantinopla para convertirle en obispo de su sede. [...] Cuando esto ocurría, Juan se hallaba en la plenitud de sus facultades y en el máximo esplendor e irradiación de su santidad. En todo Oriente no tenía igual para interpretar las Escrituras y proyectar sus enseñanzas en la acción pastoral y en la vida espiritual de sus fieles. No hacía exégesis de gabinete. Siguiendo el método aprendido en la escuela de Diodoro de Tarso y dejando de lado toda interpretación más o menos fantástica, tan cultivada por los comentaristas alejandrinos, Juan se apoyaba simplemente en el sentido literal de las Escrituras, y fácilmente, sin gran esfuerzo, hallaba las lecturas y explicaciones adaptadas a las circunstancias y necesidades reales de los oyentes. Lo mismo que en Antioquía, ahora, en Constantinopla, tampoco sentirá el más mínimo temor de pegar fuerte, de condenar valientemente los vicios de los propios cristianos y de denunciar todas las flaquezas y todos los pecados de los ricos y de los poderosos de este mundo que se olvidan de los pobres.

Como obispo de Constantinopla con rango patriarcal, su preocupación inmediata fue acabar con el cisma de Antioquía, para lo cual no vaciló en pedir la mediación de Teófilo de Alejandría, olvidando rivalidades, para que apoyara su carta al papa de Roma, Inocencio I, al que rogaba que admitiera a la comunión al anciano Flaviano. No fructificó su gestión, y entonces Juan se entregó de lleno a la reforma y renovación de su diócesis.

Constantinopla había recibido como jefe espiritual y pastor un obispo que era egregio y elocuente orador, pero también un santo, y para un santo los principios están hechos para aplicarlos. El carácter de su predecesor, Nectario, hombre bonachón y permisivo, había dejado que el fasto, la relajación e incluso la inmoralidad se instalaran cómodamente en todos los estratos de la vida de las personas y de la sociedad. La acción pastoral de Juan sería su contrapunto. Los temas de su predicación actual no iban a diferenciarse demasiado de los que predicara en Antioquía, pero entonces era simple presbítero, respaldado por su obispo Flaviano. Ahora el pastor y responsable último era él, de modo que las consecuencias serían muy diferentes: persecuciones en vez de aplausos.

Comenzó la reforma por su propia casa, desterrando todo atisbo de lujo y acabando con la pompa que solía acompañar anteriormente a las audiencias del obispo. Y a la hora de comer, lo hacía solo, disfrutando de la frugal dieta que venía manteniendo desde sus tiempos de monje. Entre el clero también se había extendido el contagio de la molición y buena vida, pero el obispo, sin olvidar eso, insiste sobre todo en la necesidad de acabar de una vez con la inveterada y funestísima práctica de la cohabitación de las llamadas "hermanas espirituales" en casa de un clérigo célibe. A los monjes, numerosísimos en Constantinopla y muy dados a frecuentar la mesa de los ricos, imitando a los clérigos, y a vagar incontrolados por calles y plazas, el obispo Juan los obligó a encerrarse en sus monasterios y ejercitar en sus celdas los ideales de la vida ascética que habían profesado.

Pero sobre todo fustigó el afán de lujo y de acaparamiento de riquezas, porque todo eso redundaba inexorablemente en mengua y daño de los pobres y humildes, que en su corazón ocupaban siempre el lugar más destacado y eran el centro de su amor. La preocupación por los pobres está siempre viva y presente en toda su predicación, pero muy especialmente en la de los años de episcopado. Impulsado por la misma, no vacila siquiera en denunciar al todopoderoso Eutropio, enriquecido a costa de los demás, a quien debía, como vimos, su elección.

Por otra parte, dio un gran impulso a las celebraciones litúrgicas, no sólo como vivencia del misterio de Cristo, sino también como catequesis eficaz y escuela permanente de formación y crecimiento de los fieles en la fe verdadera. Todavía hoy la Iglesia bizantina titula su «misa» como *La divina liturgia de nuestro padre entre los santos, Juan el Crisóstomo*.

El resultado más inmediato de esta acción pastoral fue, de una parte, el entusiasmo del pueblo llano, que siempre aplaude a quien ataca a los ricos y poderosos, y de otra, el resentimiento de los monjes, obligados a clausura, y la desconfianza y hostilidad de buena parte del clero, intrigante y frívolo, además de poderoso, que se sentía incomodado y humillado con las diatribas de Juan. [...]

Tribulaciones

Pronto, pues, comenzaron las contrariedades. En julio de 399, el jefe de la guarnición militar de Constantinopla, el godo Gaína, cuando se descubrió su conspiración con el jefe de los godos de Asia Menor, como precio de la paz con éste, exigió, secretamente apoyado por la emperatriz Eudoxia, la entrega del todopoderoso Eutropio, a lo que el débil Arcadio accedió. Eutropio, sin embargo, logró refugiarse en Santa Sofía, acogiéndose al derecho de asilo que él mismo, un año antes, había abolido, abusando de su influjo sobre Arcadio. También el pueblo, harto de las tropelías y prepotencia del ministro, se la tenía jurada. Así es como Juan tuvo que enfrentarse con el pueblo y con la autoridad imperial, que exigían la entrega del ministro, en defensa del inalienable derecho de asilo en lugar sagrado. Con este motivo pronunció los dos famosos sermones En defensa de Eutropio, encabezados por las palabras sapienciales: ¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad! (Qo 1, 1).

Tampoco faltaron, al contrario, las tribulaciones causadas por hermanos en el episcopado. En la propia Constantinopla, al abrigo de la Corte, merodeaban algunos obispos que preferían intrigar en la capital a ejercer el pastoreo espiritual de su grey en aburridos e incómodos burgos. [...]

Por si esto fuera poco, al final del 401 —o comienzos del 402— se presentó en Constantinopla un grupo de monjes egipcios, de Nitria, expulsados de su tierra por el patriarca alejandrino Teófilo, que los acusaba de ser origenistas (defensores de las doctrinas de Orígenes). Entre ellos, cuatro destacaban por su gran estatura, lo que dio pie a la gente para llamar a todo el grupo “los hermanos largos”. Juan los acogió caritativamente y les dio alojamiento en la hospedería aneja a la iglesia de Santa Anastasia, aunque no los admitía a comunión mientras Teófilo no les levantara la excomunión, lo que inmediatamente le pidió. El patriarca Teófilo, sin embargo, nada olvidadizo de humillaciones y agravios, verdaderos o supuestos, creyó llegada su hora de revancha contra Juan y contra el canon XXVIII del segundo Concilio Ecuménico, que proclamaba la primacía de Constantinopla sobre Alejandría.

Involucrando hábilmente en el asunto a cuantos creía poder manejar: Epifanio de Salamina, de Chipre, el emperador Arcadio, la emperatriz Eudoxia —que se creyó aludida en el sermón de Juan sobre la reina Jezabel— y la mayoría de los obispos egipcios y de Asia, además de los palaciegos antes mencionados, Teófilo condujo el asunto con tal astucia que, en septiembre del 403, logra la anuencia del emperador para convocar un concilio. Éste se reunió, efectivamente, en una finca de propiedad imperial denominada «La Encina», y el propio Teófilo lo presidió. Juan, naturalmente, no asistió. Pero, entre otras cosas, se le acusó de haber acogido a los monjes origenistas excomulgados, de haber maltratado a los monjes enviados por Teófilo como embajadores suyos, de haberse entrometido en los asuntos de otras provincias y de haber consagrado para ellas obispos, incluso indignos, como era el caso —decían—del nombrado para Éfeso. Y exigieron la presencia de Juan.

Pero Juan, en Constantinopla, tenía junto a sí mayor número de obispos que los reunidos en «La Encina», y más plurales, pues los del concilio eran casi todos egipcios. Les envió un delegado para que expusiera su negativa y denunciara la incompetencia de ese conciliábulo para juzgarle. Se sucedieron las conminaciones de un lado y las negativas del otro. Juan no estaba dispuesto al atropello de ser juzgado por enemigos. Teófilo y su concilio, finalmente, dejando de lado las anteriores acusaciones, convierten en acusación principal la negativa de Juan a comparecer, por lo cual levantaron acta de esta negativa, le depusieron de su episcopado y pidieron al emperador que expulsara de su sede al obispo depuesto.

El pueblo fiel, sin embargo, devoto de su santo pastor, que nunca temió cantar las verdades incluso a los más poderosos, no estuvo de acuerdo en absoluto, empezó a agitarse seriamente y amenazó con una verdadera sublevación. Temiendo Juan esta eventualidad y con ella dar a los enemigos un nuevo motivo de acusación, al cabo de tres días, se presentó a las autoridades, reclamó otros jueces y, sin más, obedeció la orden del emperador de marchar desterrado a Prenetos, en la costa de Bitinia.

Apenas salido Juan, Teófilo y los suyos cometieron la imprudencia de echarse sobre Constantinopla, tomar al asalto las iglesias y ponerse a predicar contra Juan. Fue demasiado para el disgustado pueblo, que se sublevó furioso pidiendo el regreso de su obispo. Por otra parte, algo misterioso debió de ocurrir —no sabemos qué— en palacio, el caso es que perturbó fuertemente el ánimo de Eudoxia, más supersticiosa aún que arrogante, hasta el punto que, al día siguiente, sin contar con Arcadio, envió a Juan un mensajero que le presentase excusas y protestas de adhesión a su venerada persona, a la vez que le ordenaba regresar inmediatamente, para ocupar de nuevo su sede.

Escrúpulos de índole jurídica —¿sería legítima su deposición, o no?—, pero también de orden espiritual, hacen que Juan vacile. Por fin se decide a emprender el camino de regreso, aunque todavía se detuvo y demoró algún tiempo en las cercanías de Constantinopla. La voz del pueblo fiel, sin embargo, venció sus últimas resistencias. Su entrada en la ciudad fue de triunfo apoteósico: como señal de la voluntad imperial, le precedía un notario, y luego le acompañaba, rodeándole, más de una treintena de obispos. La muchedumbre, inmensa, le aclamaba a gritos, entre lágrimas y aplausos. Ya en la iglesia catedral, se retuvo de dar rienda suelta a sus sentimientos y se limitó a pronunciar unas breves palabras, no de reproche ni de queja contra nadie, sino de acción de gracias.

Teófilo y sus cómplices, humillados por este triunfo de su enemigo y, sobre todo, temerosos del concilio que el emperador quería convocar inmediatamente y que indudablemente pondría al descubierto sus intrigas y manejos, escaparon rápidamente a Alejandría, en espera y al acecho siempre de otra ocasión mejor para llevar a efecto sus turbios manejos. Esa ocasión, por desgracia, no tardó en presentarse.

Juan, siempre fiel a sí mismo y a sus principios, continuó en su predicación exhortando a la conversión y a la virtud, y fustigando los vicios sin temor a nadie y sin hacer excepción de nadie. En noviembre del mismo año 403, la inauguración de una estatua de la emperatriz se acompañó de toda clase de espectáculos y diversiones, cuya inmoralidad inflamó de nuevo al predicador, quien pronunció una serie de sermones en los que Eudoxia se vio directamente aludida y señalada. En consecuencia, ella y el emperador se negaron a asistir a la liturgia de la Navidad, presidida por Juan, lo que significó la ruptura definitiva entre ambas partes. [...]

El emperador ordenó arresto domiciliario para el obispo, y el pueblo fiel se sublevó en apoyo de su pastor, pero la brutal -incluso cruenta- represión, junto con el acoso de los enemigos de Juan al emperador, lograron que Arcadio diera el paso decisivo y que Eudoxia olvidara sus temores supersticiosos, de modo que se apresuraron a decretar el destierro definitivo de Juan y le dio orden de partir inmediatamente. Era el 9 de junio de 304. Teófilo podía sentirse satisfecho.

Destierro definitivo

Juan, experto conocedor de la doctrina canónica, sabía bien que el conciliábulo de La Encina, le había depuesto al margen y contra toda ley canónica, y por tanto, que la base de la principal acusación no tenía el menor apoyo legítimo, pero no movió un dedo para defenderse, sobre todo por temor a que por su causa siguieran los tumultos y el derramamiento de sangre inocente. Siempre dispuesto a obedecer, se despidió de sus fieles y salió de Constantinopla, camino del destierro.

Su partida, sin embargo, no sólo no evitó los tumultos, sino que pareció haberlos acrecentado y exacerbado. En uno de ellos, se produjo el incendio de Santa Sofía, del Senado y de gran cantidad de casas. La respuesta de la fuerza pública fue terribilísima, y se ensañó muy especialmente con los partidarios y amigos más cercanos de Juan, e incluso alcanzó a los obispos nombrados y consagrados por él para las Iglesias de Asia Menor. Juan trató de consolarles mediante sus cartas, donde se explaya y derrama su alma sensible y tierna como ninguna, en contraste con su apariencia de austero asceta.

Bien escoltado, llegó a Nicea el 3 de julio, sin saber todavía el término de su destino. Durante la semana que permaneció en Nicea, se le notificó que el lugar de su destierro era Cúculo, en la Armenia Menor, un poblacho fronterizo, triste y desabastecido, en la falda de una de las montañas de Isauria. El viaje duró más de dos meses, en medio de las mayores penalidades, suavizadas sólo por el consuelo de los fieles que en muchas partes salían a su paso, llorosos y compasivos, aunque, en su corazón, esto no compensaba el dolor producido por la casi general hostilidad de sus hermanos en el episcopado, cuyas diócesis iba atravesando. Así ocurrió, por ejemplo, en Cesarea de Capadocia, donde, además, cayó enfermo. El sucesor de San Basilio le ignoró por completo, pero un buen médico le atendió y curó, y pudo reanudar el viaje e incluso afrontar la travesía de la temible cordillera del Tauro y llegar, por fin, el 20 de septiembre, a Cúculo.

Desde que llegó, su ya quebrantada salud se fue debilitando paulatinamente, abrumado como estaba, no tanto por las penalidades, increíbles, del propio destierro, como por el pesar y preocupación por sus fieles amigos, que en Constantinopla seguían siendo perseguidos por causa de él. [...]

El final

Entretanto, en Constantinopla fracasaban una y otra vez los esfuerzos del papa de Roma Inocencio I en favor de Juan, pues exigía la revisión del proceso de La Encina en un nuevo concilio general y clarificador. La reacción de los enemigos de Juan y del mismo emperador fue totalmente negativa, y por temor a un cambio de la situación, encarcelaron a los legados del papa y, ya en el verano de 407, lograron de Arcadio que hiciera llegar a Cúculo la orden de trasladar inmediatamente a Juan a Pitontes (hoy Pitsunda), a unos 1.500 km más al Norte, a los pies del Cáucaso, en la ribera oriental del mar Negro, donde los habitantes eran todavía más salvajes y terribles que los isáuricos.

Viaje terriblemente atroz. Salieron de Cúculo el 25 de agosto, y en jornadas de veinte km, a pie, bajo un sol abrasador y a veces bajo lluvias torrenciales, el 12 de septiembre llegaban a Dazimat (hoy Tokat). A pesar del estado de agotamiento de Juan, por la marcha y por la enfermedad, al día siguiente reanudaron el viaje. Sin parar, atravesaron la Comana Póntica, y al cabo de dos leguas, hicieron alto en un lugar (hoy Biziri) situado alrededor de una ermita dedicada al mártir San Basilio. Para pasar la noche, acomodaron a Juan junto a la tumba del mártir. Fue su última noche, como se lo anunció en sueños el propio San Basilio.

Al día siguiente, en efecto, 14 de septiembre, reanudaron la marcha, pero habían caminado apenas unos cientos de metros, cuando el enfermo cayó, completamente agotado, y ya no pudo levantarse más. Le volvieron a la ermita, recibió como viático la Eucaristía y, mientras repetía su jaculatoria preferida; «¡Gloria a Dios en todo!», expiró. Apenas tenía los 58 años.

Le enterraron allí mismo, junto a las reliquias del santo mártir titular de la ermita.

Enterado de su muerte, el papa de Roma, Inocencio I, se negó a restablecer la comunión con los patriarcas orientales mientras no incluyeran el nombre de Juan en los dípticos de sus Iglesias. El primero en obedecer, el patriarca de Antioquía, no lo hizo hasta pasados seis años, en 413, y el de Alejandría, Cirilo, sucesor de Teófilo, no se decidió hasta el 419, y sólo entonces accedió también el de Constantinopla.

A partir de ese momento, la figura del desterrado fue recuperando aprecio y admiración, que pronto se convirtieron en entusiasmo y veneración cada vez mayor. En septiembre de 428, al comienzo del patriarcado de Nestorio, el emperador instituyó para el día 26 una fiesta en honor del santo patriarca Juan. La plena rehabilitación, sin embargo, no llegó hasta pasados diez años, cuando el emperador Teodosio II hizo trasladar sus reliquias a Constantinopla, y tanto el viaje como el recibimiento en la ciudad se convirtieron en una marcha triunfal y multitudinaria, desde la orilla del Bósforo, hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se depositaron las reliquias el 27 de enero del 438, precisamente junto a los sepulcros de Arcadio y de Eudoxia.

Ésta es la fecha que para su conmemoración señalan el Martirologio Romano y los Sinaxarios orientales. En los Menologios griegos aparecen otras fechas para otras celebraciones, pero como días natalis o día del fallecimiento, siempre se celebró el 14 de septiembre.

La Iglesia griega le venera, junto con San Basilio y San Gregorio de Nacianzo, como «gran Maestro ecuménico», y la Iglesia latina, como Doctor de la Iglesia, junto a San Atanasio, San Ambrosio y San Agustín. El papa Juan XXIII puso bajo su patrocinio el Concilio Vaticano II.

El título de «Crisóstomo» -o sea, "Boca de oro"- que quiere expresar y poner de relieve la admirable elocuencia del santo, no se le otorgó de manera general hasta el siglo VI, pero desde entonces casi ha llegado a sustituir al nombre propio.

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

Miércoles Evangelio del día

14

Sep

2022

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Exaltación de la Santa Cruz (14 de Septiembre)

“Para que el mundo se salve por Él”

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 21, 4b-9

En aquellos días, el pueblo se cansó de caminar y habló contra Dios y contra Moisés:

«¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos ni pan ni agua, y nos da náusea ese pan sin sustancia».

El Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, que los mordían, y murieron muchos de Israel.

Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo:

«Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes».

Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:

«Haz una serpiente abrasadora y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla».

Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida.

Salmo de hoy

Sal 77, 1-2. 34-35. 36-37. 38 R/. No olvidéis las acciones del Señor

Escucha, pueblo mío, mi enseñanza,
inclina el oído a las palabras de mi boca:
que voy a abrir mi boca a las sentencias,
para que broten los enigmas del pasado. R.

Cuando los hacía morir, lo buscaban,
y madrugaban para volverse hacia Dios;
se acordaban de que Dios era su roca,
el Dios altísimo su redentor. R.

Lo adulaban con sus bocas,
pero sus lenguas mentían:
su corazón no era sincero con él,
ni eran fieles a su alianza. R.

Él, en cambio, sentía lástima,
perdonaba la culpa y no los destruía:
una y otra vez reprimió su cólera,
y no despertaba todo su furor. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 13-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

«Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios siempre perdona y ama

Hay que repetirlo cuantas veces sea preciso. La historia de las relaciones de Dios con los hombres es la historia del amor apasionado de Dios hacia todos nosotros. En un primer momento, el pueblo judío percibió con intensidad este amor cuando Dios los libró de la esclavitud de Egipto.

Pero en el trayecto hasta la tierra prometida, en algunas ocasiones, como nos indica el episodio de esta primera lectura, no vieron claro ese amor de Dios. "El pueblo estaba extenuado del camino y habló contra Dios y contra Moisés". El Señor envió como castigo serpientes venenosas y murieron muchos israelitas. El pueblo cayó en la cuenta de su pecado, se arrepintieron y pidieron a través de Moisés que les perdonase y que apartase de ellos las serpientes mortales. Dios se las arregló para salvarles a través de una serpiente colocada en un estandarte a quien tenían que mirar. Dios perdonaba a su pueblo y le seguía amando.

La cruz de Jesús es la mejor prueba de su amor hacia nosotros

La segunda lectura de San Pablo y el evangelio del día, nos ayudan a ver que la muerte de Jesús en la cruz es la exaltación del apasionado amor que nos tiene. Siempre hemos de ver unidos su vida, su muerte en cruz, y su resurrección. Si Jesús murió en la cruz fue porque vivió así, de una determinada manera, y si resucitó fue porque vivió y murió así. En esta fiesta de hoy queremos resaltar la muerte de Jesús en la cruz y el gran amor que encierra... pero lo mismo podemos y debemos decir de su vida y su resurrección.

En lo del amor... hay que empezar por Dios Padre, que tanto amó al mundo que le envió a su Hijo. Hay que seguir por su Hijo Jesús, que fue capaz de no hacer alarde de su categoría de Dios y tomar la condición de esclavo, para que viéramos con más claridad que había venido a servirnos y no a ser servido. Y nos sirvió, no desde la altura divina, sino desde su condición humana, llenándonos de luz y predicándonos su buena noticia, gastando su vida en indicarnos el camino que nos lleva a vivir con vida, con sentido, con esperanza en esta tierra antes de desembocar en la vida de felicidad total después de nuestra muerte y resurrección.

A las autoridades judías no les gustó Jesús, su manera de vivir y su manera de predicar. Le pidieron que se callase que no predicase su evangelio. Pero Jesús, por amor a nosotros, siguió predicando su buena noticia y como consecuencia le mataron en una cruz, pero de esta manera su amor, su evangelio, su luz han quedado para siempre con nosotros. Por amor a nosotros, por no dejarnos en la estacada, por no dejarnos sin la mejor noticia que nosotros los hombres podíamos recibir... le mataron en la cruz. Es verdad, la exaltación de la cruz, es la exaltación del gran amor que siempre nos tuvo Jesús.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Exaltación de la Santa Cruz

Introducción

Al comienzo del capítulo V de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, que trata del año litúrgico, se afirma: «La santa Madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo, en días determinados a través del año, la obra salvífica de su divino Esposo... Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación» (SC 102).

En la cruz transfigurada por la resurrección se resume y concentra «la obra salvífica» que Cristo realizó, en ella brillan con luz nueva dos misterios de la redención», junto a ella los creyentes beben, como de fuente inagotable, «la gracia de la salvación». Si la tiniebla resplandeciente envolvía la cruz del Viernes Santo sumiéndonos en dolor inconsolable por la muerte del Señor, en la fiesta de la Exaltación cantamos con alegría y sincero agradecimiento al madero de la cruz, árbol de la vida, símbolo real de nuestra redención. Como reza la liturgia evocando la profecía de Ezequiel, "en medio de la ciudad santa de Jerusalén está el árbol de la vida, y las hojas del árbol sirven de medicina a las naciones» (ant. 2, 1 Vísps);. La celebración litúrgica de este día nos transporta al Calvario para abrazarnos a la cruz, o mejor para dejarnos abrazar por ella, de modo que imprima su marca en nosotros, pues la cruz es el signo y la señal del cristiano. La cruz nos identifica como discípulos del Crucificado, resucitado por el poder de Dios. La Exaltación de la Santa Cruz, al ponernos en el centro de la memoria y de la contemplación el significado redentor de este árbol de vida, nos invita a la alabanza y a la adoración, los dos ejes de la liturgia de esta fiesta.

Una mirada a la historia

Hasta 1960 en la liturgia romana se celebraban dos fiestas de la Cruz: una el 3 de mayo con el nombre de la Invencción o hallazgo de la Santa Cruz, hecho atribuido por la tradición a Santa Elena, la madre del emperador Constantino, y la otra el 14 de septiembre conocida como fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. El nombre alude a la elevación de Cristo en la cruz, de la que él habló en varias ocasiones: «Como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado ("exaltad") el Hijo del hombre» (Jn 3, 14) y, más adelante, «cuando yo sea elevado ('exaltatus') sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Pero detrás del término «exaltación» está también el antiguo gesto litúrgico, conocido en la tradición oriental y occidental, de colocar en alto la reliquia de la Cruz para la adoración de los fieles y la posterior bendición con ella.

' De la fuente del templo brotará un torrente: «Por donde quiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá... porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente... A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán... Y sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina (Ez 47, 9-12).

El origen de esta fiesta está en Jerusalén y aparece relacionado con la invención de la cruz de Cristo. El primer testimonio de una reliquia de la cruz venerada en Jerusalén nos lo ha transmitido San Cirilo de Jerusalén en su primera catequesis mistagógica pronunciada hacia el año 348, donde afirma que «existen muchos testimonios verdaderos de Cristo», y se remite al «lignum crucis», al madero de la cruz, el cual hasta el día de hoy se puede ver entre nosotros, y en otros lugares, pues muchos peregrinos, movidos por la fe, arrancaron un trozo, llenando con estos fragmentos casi todo el orbe (10, 19: M. J. Rouét de Journel, *Enchiridion Patristicum*. Herder, Barcelona, 1962, 303).

Un poco más tarde la peregrina Egeria, de origen galaico, se refiere también a una celebración de la cruz en relación con su hallazgo y en el contexto de la dedicación de las dos basílicas constantinianas: Día de las Encenias es llamado aquel en que fue consagrada a Dios la santa iglesia que está en el Gólgota, que llaman Martyrium; pero también la santa iglesia que está en la Andstasis, en el lugar donde el Señor resucitó después de la Pasión, fue consagrada a Dios ese mismo día. De estas santas iglesias son celebradas con sumo honor las Encenias [o sea, la dedicación]; porque la cruz del Señor fue hallada ese día. Y por eso ha sido establecido que, al ser consagradas por primera vez las dichas santas iglesias, fuera el día en que fue hallada la cruz del Señor, para ser celebradas juntamente el mismo día con toda alegría' (A. Arce (ed.): *Itinerario de la virgen Egeria (381-384)*, n. 48. BAC, 416, Madrid, 1980, 319s). Egeria, sin embargo, no nos dice nada de una veneración de la cruz, pues pone todo el acento en la fiesta de la dedicación de las santas iglesias, eso sí, en el día en que fue hallada la cruz de Cristo.

A comienzos del siglo V (415/420) ya tenemos noticias más precisas. El Leccionario armenio de Jerusalén testimonia que el 14 de septiembre se celebraba la dedicación de la iglesia del Martyrium, edificada sobre el lugar de la crucifixión, y se mostraba a la veneración de los fieles la reliquia de la Santa Cruz. Desde comienzos del siglo VII en Constantinopla se celebra esta fiesta ligada al rito de la Exaltación de la Cruz en un lugar elevado para ser venerada por la multitud.

A mediados de este siglo encontramos el mismo rito de exposición de la reliquia de la Cruz en Roma, primero en la basílica vaticana; unos años más tarde el papa Sergio I (687-701) hizo llevar otro trozo de la Cruz del Vaticano a Letrán, y "desde entonces, como dice el Liber Pontificalis, éste fue besado y adorado por todo el pueblo cristiano el día de la Exaltación de la Santa Cruz".

La devoción a la Santa Cruz se intensificó en este siglo a causa de la profanación a que fue sometida por los persas, que saquearon Jerusalén, pasaron a cuchillo a sus habitantes, destruyeron las basílicas y se apoderaron de la Cruz el 5 de mayo de 614. El emperador Heraclio los derrotó en el año 630 y recuperó la Cruz, llevándola de nuevo a Jerusalén y "todo el pueblo se llegó a adorar con gran solemnidad la cruz del Señor, vuelta a su primitivo lugar" (Fliche-Martin: *Historia de la Iglesia*. Vol. V, p. 93). Es en este tiempo cuando los testimonios litúrgicos abundan en referencias a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz que se celebraba el 14 de septiembre. En Occidente esta fiesta se mantuvo en concurrencia con la del 3 de mayo hasta 1960.

En España hay un lugar venerable donde se conserva el mayor trozo de la cruz de Cristo: es el santuario de Santo Toribio de Liébana, en plenos Picos de Europa. Sobre la historia de esta preciosa reliquia del Lignum Crucis, fray Prudencio Sandoval, cronista de la orden benedictina, aporta los

siguientes datos: «Siendo Rey de Asturias don Alonso el Católico primero de este nombre, yerno del Rey don Pelayo, se traxeron y pusieron en ese monasterio las arcas santas, llenas de reliquias, con el precioso madero de la Cruz de Christo, y con ellas el cuerpo de Santo Toribio, obispo de Astorga, que las traxo como dixe de Jerusalén; que esto quieren dezir las historias de Castilla, que dicen que en tiempo del Rey don Alonso se pusieron en este monasterio» (Diccionario de Historia Eclesiástica de España IV, 2351). La devoción al Santo Madero de la Cruz en torno a Santo Toribio se remonta al corazón de la Edad Media, pero no quedó encerrada en la comarca lebaniega. La periódica celebración de los Años Santos lebaniegos acerca la insigne reliquia a la veneración de los peregrinos, introduciéndolos en el Misterio Pascual de la muerte y resurrección del Señor mediante la participación en los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía. [...]

Conclusión

La Exaltación de la Santa Cruz nos invita a la acción de gracias y a la adoración: por el madero de la Cruz nos vino la salvación; en ella ha muerto, por nosotros, el Hijo de Dios, misterio de salvación que lo acogernos en la fe postrados en humilde adoración. La cruz es el signo de la victoria del amor y de la gracia, porque en ella Cristo derrotó a los poderes de este mundo, el pecado y la muerte. La cruz nos identifica como cristianos, porque nos introduce en el destino sacrificial del Maestro. Por la muerte de Cristo en ella, la cruz, de instrumento de tortura y maldición, ha pasado a ser el símbolo de la redención. Ella nos abraza cuando nos signamos a lo largo de la vida, desde el mismo umbral del bautismo hasta el momento de cerrarnos los ojos al concluir nuestra peregrinación por este mundo. La cruz corona nuestros montes como señal que invita a elevar más arriba la mirada; está en los caminos a modo de brújula celeste que nos orienta en las encrucijadas de la vida; preside nuestras iglesias como memoria perpetua de la obra de la redención que en ellas conmemoramos. La cruz no es un amuleto o un bello adorno para orejas, nariz o cuello; la cruz es el símbolo más serio, más entrañable, más exigente y comprometedor, porque es el signo de la vida alcanzada al precio de la muerte. A los cristianos nos corresponde mostrar en todo tiempo y lugar la veneración y estima por este signo santo.

«Cuando hagas la señal de la Cruz, procura que esté bien hecha. No tan de prisa y contraída, que nadie la sepa interpretar. Una verdadera cruz, pausada, amplia, de la frente al pecho, del hombro izquierdo al derecho. ¿No sientes cómo te abraza por entero? Haz por recogerte; concentra en ella tus pensamientos y tu corazón, según la vas trazando de la frente al pecho y a los hombros, y verás que te envuelve en cuerpo y alma, de ti se apodera, te consagra y santifica.

¿Y por qué? Pues porque es signo de totalidad y signo de redención. En la Cruz nos redimió el Señor todos, y por la Cruz santifica hasta la última fibra del ser humano. De ahí el hacerla al comenzar la oración, para que ordene y componga nuestro interior, reduciendo a Dios pensamientos, afectos y deseos; y al terminarla, para que en nosotros perdure el don recibido de Dios; y en las tentaciones, para que él nos fortalezca; y en los peligros, para que él nos defienda; y en la bendición, para que, penetrando la plenitud de la vida divina en nuestra alma, fecunde cuanto hay en ella.

Considera estas cosas siempre que hicieres la señal de la Cruz. Signo más sagrado que éste no lo hay. Hazlo bien, pausado, amplio, con esmero. Entonces abrazará él plenamente tu ser, cuerpo y alma, pensamiento y voluntad, sentido y sentimientos, actos y ocupaciones; y todo quedará en Él fortalecido, signado y consagrado por virtud de Cristo y en nombre de Dios uno y trino».

José María de Miguel González O.S.S.T.

Jue
15
Sep
2022

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Nuestra Sra. la Virgen de los Dolores (15 de Septiembre)

“Ahí tienes a tu madre”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15,1-11

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, y en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si es que mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano.

Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios.

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros.

Salmo de hoy

Sal 117 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. R.

«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor. R.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 19,25-27

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena.

Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre:
«Mujer, ahí tienes a tu hijo».

Luego, dijo al discípulo:
«Ahí tienes a tu madre».

Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Reflexión del Evangelio de hoy

Leemos en estos versículos de la Primera carta a los Corintios uno de los primeros “credos” que recitaban las comunidades primitivas como una fórmula de profesión de fe concentrada en “tres acontecimientos históricos”: la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo. Y además Pablo repite la fórmula “según las Escrituras” como mostrando que son hechos esenciales en el plan de Dios para la salvación del mundo.

Algunos cristianos de Corinto negaban la resurrección de los muertos, por ello Pablo parte de la proclamación evangélica: el misterio Pascual de Cristo muerto y resucitado y va enumerando varias de sus apariciones: a Cefas, a los Doce, a más de quinientos hermanos, a Santiago, a todos los apóstoles y a él, como el último de los apóstoles; pero es ésta, una lista no exhaustiva de testigos que se beneficiaron de las apariciones del “resucitado”.

Pablo habla de sí mismo diciendo que es indigno del nombre de apóstol porque ha perseguido a la Iglesia de Dios, pero por la gracia de Dios “Pablo ha muerto a su pecado y ha resucitado con Cristo”. La “gracia” no trabaja sin nosotros y con ella hacemos mucho más de lo que lograríamos con nuestras solas fuerzas. Pues por gracia somos hijos de Dios, y por la gracia somos capaces de “ver maravillas” en los hombres y de “hacer maravillas” con los hombres. Acaso no está la gracia “naciendo” en cada ser humano cada día y en todo momento, ¿lo notas? Esta gracia de Dios en nosotros es una buena aliada para caminar en la vida.

María está con nosotros

Nos relatan estos versículos el último diálogo de Jesús con su madre. Leemos “Junto a la Cruz estaba su madre” porque en momentos difíciles, de sufrimiento “su madre estaba” como lo está con nosotros, pero solo Juan menciona su presencia. Él lo sabe y lo cuenta porque estaba junto a la Cruz y gracias a su presencia y a su mención en el texto evangélico, nosotros sabemos que María estaba junto a su hijo, como sabemos que está con nosotros, está junto a nosotros siempre, en los momentos difíciles y en los fáciles, en situaciones de sufrimiento y de alegría, en este “valle de lágrimas” y siempre.

El llamar Jesús a su madre “mujer” parece indicar un acto que sobrepasa la relación filial, proclamando la universal maternidad espiritual de María con respecto a los creyentes que estamos representados por el discípulo amado. Todos nosotros estamos invitados a acoger a la madre del Señor en nuestra casa y en nuestra vida.

Celebramos la Virgen de los Dolores, y reza un himno en este día: “La Madre piadosa estaba junto a la cruz y lloraba, mientras el Hijo pendía; cuya alma, triste y llorosa, traspasada y dolorosa, fiero cuchillo tenía” (LH Vol. IV Pág. 1189); es la Virgen dolorosa y a ella “suspiramos, gemimos y lloramos”, cuando recitamos la Salve porque el mundo es “tierra de María” y a ella le rogamos “ahora y en la hora de nuestra muerte”. Estamos llamados a ser cristianos marianos, creyentes en Jesús y en María; una madre siempre está “junto” a sus hijos ¿lo notas? María es una buena aliada para caminar en la vida.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

Nuestra Sra. la Virgen de los Dolores

María, asociada a la Cruz de Cristo

La fiesta, o «memoria» de Nuestra Señora de los Dolores se celebra en la Iglesia católica el día 15 de septiembre, el día siguiente a la celebración de la «Exaltación de la Santa Cruz». La razón de esta celebración y su ubicación en el calendario litúrgico obedece a un mismo postulado: la relación especialísima que la Virgen María tiene con la cruz, en que murió su Hijo, clavado en sus brazos, y el contenido teológico, espiritual y simbólico que tiene la escena del Calvario. Establecida así su celebración, esta fiesta mantiene y continúa esa relación mística, formando casi una unidad también simbólica con la exaltación de la santa Cruz.

Los criterios que orientaron la reforma de la liturgia de la Iglesia en la época postconciliar —la era del papa Pablo VI— tuvieron en cuenta esa relación de María con el Cristo doliente. En el fondo, esta relación en sentido universal, es una enseñanza del Concilio Vaticano II, y de la mariología del postconcilio. Pablo VI se hizo eco de esto en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2, 2, 1974). La liturgia renovada debía poner de relieve la celebración de la historia, o de la obra de la Salvación, conmemorando los tiempos especialmente significativos, como Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua..., las solemnidades del Señor y de la Virgen María, y también las celebraciones que conmemoran acontecimientos salvíficos, entre los cuales, después de las fiestas del ciclo de Navidad y la fiesta de la Visitación, Pablo VI recuerda la «memoria de la Virgen Dolorosa»: «ocasión propicia —dice el papa— para revivir un momento decisivo de la historia de la salvación, y para venerar, junto con el Hijo exaltado en la Cruz, a la madre que comparte su dolor (*Marialis cultus*, MC, 7).

En estas palabras del papa se insinúa una de las razones determinantes de la celebración de este misterio en la liturgia actual, y de su inclusión en el calendario litúrgico, aparte de su valor histórico. La celebración de Nuestra Señora de los Dolores es un complemento de la celebración de la «Exaltación de la Santa Cruz». Sin ella quedaría incompleta para el pueblo cristiano la contemplación amorosa y devota de la Cruz de Cristo y la visión de su muerte en la Cruz, y de su misma exaltación victoriosa. Porque la Virgen María estuvo íntimamente asociada a su hijo en la obra de la salvación desde su predestinación eterna antes de la creación del mundo, en el mismo decreto de la Encarnación. Desde su predestinación María formó una unidad de salvación en los designios salvíficos de Dios, juntamente con su Hijo. En la realización en el tiempo de la redención del género humano, ella colaboró con su Hijo y bajo él, en frase del Vaticano II (LG, 56), en la redención de los hombres, en una unión indisoluble con él. Por esto es nuestra Madre en el orden de la gracia.

Uno de los momentos más importantes de la asociación de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación fue aquel en que la Madre padeció el dolor y los sufrimientos de su amado Hijo, en primer lugar en la circuncisión y en su presentación en el templo, y sobre todo en los días de la pasión y de su muerte en la Cruz.

La fiesta litúrgica

El *sensus fidelium*, o el *sensus Ecclesiae* —que es lo mismo—, ha reconocido siempre esta asociación de la Madre con el Hijo en la historia de la salvación, y en particular en los momentos de dolor y en los misterios de carácter y de valor propiamente sacrificial. Por eso, la Iglesia, desde la época de los Santos Padres, ha recordado con devota veneración los dolores de Nuestra Señora, interpretando la profecía de Simeón, y contemplando teológicamente el misterio de la Cruz. Orígenes y los escritores orientales principalmente vieron en la «espada de dolor» el símbolo de los dolores de la Madre del Mesías.

A partir del siglo VIII, los escritores eclesiásticos hablan de la «compasión» de la Virgen, es decir: de su participación en los dolores del crucificado, o de su «compadecimiento». Desde el siglo XII se dio culto a los cinco dolores de María, que más tarde pasaron a ser siete. La multiplicación de himnos de carácter religioso, composiciones poéticas en forma de «lamentaciones» o *llanto de María*, que dan lugar a un género de literatura muy peculiar, de carácter cultual: los *planctus Mariae*, que en parte pasan a las liturgias locales en la Edad Media, son un testimonio la devoción que el pueblo fiel profesaba a la Virgen Dolorosa.

La fiesta litúrgica propiamente dicha de la Virgen de los Dolores comenzó a celebrarse en Occidente en la Edad Media. Primero se celebraba como una conmemoración que se hacía después de la celebración de la Pascua, ya que no había habido lugar en otros días, por su asociación con Cristo en la pasión. No se sabe cuándo ni dónde se introdujo esta conmemoración de la «*Commendatio Beatae Mariae Virginis*», que era un recuerdo de la Virgen en el Calvario, y de la encomienda que Jesús había hecho de ella a su discípulo Amado desde la Cruz.

En el siglo XIII los *servitas*, o siervos de María, celebraban ya la «*commendation*, o recuerdo de María bajo la Cruz, con oficio especial y misa. En el siglo XIV consta que se celebraba una fiesta litúrgica en Alemania el viernes después del tercer domingo de Pascua. Más adelante a esta celebración se le dio el título de *Transfixio*, seu de *Martyrio Cordis Beatae Mariae* o *De Lamentatione Beatae Mariae Virginis* o *De Planctu Beatae Mariae Virginis* o, finalmente, *De Doloribus Beatae Mariae Virginis*.

En algunas iglesias se conmemoraban solamente los cinco dolores de la Virgen. En el siglo XV, y más a partir del siglo XVII, se celebraba la fiesta de la Dolorosa, principalmente entre los *servitas*, en forma parecida a la actual. En ese siglo celebraban dos fiestas conmemorativas de los siete dolores de María. Una en el viernes después del domingo de Pasión, conocido como el «Viernes de Dolores»: y otra en el tercer domingo de septiembre, con rito doble de II clase. El papa Benedicto XIII extendió a toda la Iglesia la fiesta del «Viernes de Dolores» en 1472; y lo mismo hizo el papa Pío VII en 1814 con la segunda fiesta, fijando su celebración en el día 15 de septiembre.

Enrique Llamas, O.C.D.

“Acompañado por los Doce y por algunas mujeres”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 12-20

Hermanos:

Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos?

Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que que los muertos no resucitan.

Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido.

Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.

Salmo de hoy

Sal 16, 1. 6-7. 8 y 15 R/. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño. R/.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras.
Muestra las maravillas de tu misericordia,
tú que salvas de los adversarios
a quien se refugia a tu derecha. R/.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 1-3

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido

San Pablo insiste en esta carta a los corintios en la resurrección de Jesucristo, es una verdad que quiere dejar bien sentada y clara ante los de Corinto que dudaban de la resurrección de los muertos, incluso se reían cuando oían hablar de resurrección de muertos.

Si creemos que Cristo resucitó de entre los muertos para nuestra salvación, tenemos la esperanza de heredar la vida eterna.

Esta resurrección de Jesucristo, prueba que la resurrección es posible; negarla sería negar las esperanzas cristianas, hacer de los cristianos los más miserables de los hombres. Pero Cristo resucitó y, en virtud de nuestra unión con él, nosotros también resucitaremos, participando de su gloria y de su reino.

Si Cristo no hubiera resucitado la muerte no habría sido vencida y por lo tanto tampoco el pecado.

Y en 2ª Cor. 4,7-15 dice: «mientras vivimos continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús...Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: “Creí por eso hablé”, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros».

Si la esperanza que tenemos puesta en Cristo se reduce a esta vida, seríamos los más miserables de todos los hombres.

“Al despertar me saciaré de tu semblante Señor”

Quiere decir que al despertar, “resucitar”, nos saciaremos del rostro de .el Señor. Muestra las maravillas de tu misericordia.- Tú que salvas de los adversarios A quien se refugia a tu derecha. - Guárdame como a las niñas de tus ojos, A la sombra de tus alas escóndeme.- Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia,-Y al despertar me saciaré de tu semblante

“Algunas mujeres acompañaban a Jesús y le ayudaban con sus bienes”

Jesús iba caminando de ciudad en ciudad, predicando la Buena Noticia del Reino de Dios; lo acompañaban los doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y de enfermedades, le ayudaban con sus bienes.

Es San Lucas el único que menciona al lado de los discípulos a las mujeres que seguían la compañía de Jesús y atendían a sus necesidades materiales. No era esto extraño a la costumbre de los rabinos. De ambos ejemplos se autorizaban los apóstoles, según indica San Pablo (1 Cor 9,5). La piedad y la Gratitude por la salud recibida eran la causa que las movía a ejercer esta obra de misericordia. Una de ellas era María Magdalena o de Magdala. No hay motivos para creer que la posesión diabólica signifique una vida culpable; pero el número siete acaso indique una recaída en el mismo mal. Esta presentación de la Magdalena demuestra también que no tiene nada que ver con la pecadora de 7,37ss.

Las mujeres, que han sido liberadas y perdonadas por Jesús, responden a su don, con gesto de amor que las convierte en auténticas discípulas (seguidoras) del Maestro.

En el día de hoy, con nuestras “prisas” ¿estaríamos dispuestos a acompañar a los evangelizadores (misioneros) en su trabajo, si no es físicamente por lo menos aportando un poco de dinero para hacer su vida un poco más llevadera?



Dominicas de Daroca

Monasterio de Nuestra Señora del Rosario - Daroca

Santos Cornelio y Cipriano

Mártires

La liturgia romana celebra en una misma memoria a los santos Cornelio y Cipriano, pese a que no fueron martirizados ni en el mismo día ni en el mismo sitio. La razón es sin duda la sintonía espiritual que hubo entre ambos en vida y que se manifestó en su correspondencia y en el afecto que se demostraron. Eran obispos, el uno de la principal sede de Occidente, Roma, y el otro de la principal sede del África latina, Cartago. Hicieron ambos frente a la desviación montanista de Novaciano y defendieron ambos de forma ejemplar la unidad de la Iglesia.

Cipriano le escribió a Cornelio: «En caso de que Dios le haga a uno de nosotros la gracia de morir pronto, que nuestra amistad continúe junto al Señor». De esa amistad, que continúa en el cielo, se hace eco la liturgia romana al celebrarlos juntos en una sola memoria.

San Cornelio, Papa

Tras la muerte del papa Fabián, en enero del 250, la comunidad cristiana de Roma, atribulada por la intensa persecución de Decio, se sintió incapaz de elegir un nuevo obispo hasta marzo del año 251 en que, reunidos los fieles y el clero, fue promocionado al episcopado Cornelio. La noticia sentó muy mal al emperador Decio, del que se dice que hubiera soportado mejor la noticia de la elección de un anticésar que la de la elección de un nuevo obispo para Roma.

Se calcula que la comunidad de Roma estaba formada ya entonces por unos treinta mil fieles, siendo 46 los presbíteros, 7 los diáconos, 7 los subdiáconos, 42 los acólitos, 52 los exorcistas, lectores y ostiarios, y sostenía a 1.500 viudas y pobres. Quisiera o no el emperador, el cristianismo era ya una realidad social importante de la capital del Imperio.

Cornelio hubo de hacer frente en seguida a una problemática desatada tras la persecución: ¿qué hacer con los cristianos que por debilidad habían sacrificado a los dioses en la persecución y ahora querían volver al seno de la Iglesia? Rápidamente surgieron dos opiniones: la rigorista que se negaba a reconciliar a los lapsos y la misericordiosa, que entendía que si se arrepentían y hacían penitencia había que reintegrarlos a la comunidad. Cornelio se decantó por esta segunda actitud y seguramente no esperaba la respuesta tan desesperada que la tendencia rigorista le opuso. Negó la legitimidad de la elección de Cornelio y le opuso un antipapa: Novaciano, que había sido promocionado al presbiterado en el anterior pontificado, el del papa Fabián. Muy pronto el grupo de Novaciano, en el que se integraron personas de cierta distinción, conectó con grupos descontentos de África, Galia y Asia Menor. Novaciano, que era teólogo, presentaba a la Iglesia como santa en el sentido de que no podía permitir a los pecadores en su seno y por ello a los que habían renegado de Cristo y habían adorado a los dioses no podía acogerlos, y negaba que la Iglesia tuviese facultad para perdonar un pecado tan enorme, que quedaba exclusivamente sometido al justo juicio de Dios.

Cipriano, el obispo de Cartago, que padecería también en su sede la existencia de grupos disidentes, no tardó en apoyar a Cornelio y escribirse con él, sintonizando ambos en sentimientos, y elogiando la persona del papa con elogios tan sinceros como fuertes. Elogia en Cornelio la humildad, la clemencia, la modestia, la continencia, el excelente gobierno, la energía y la seguridad de espíritu.

Novaciano se dirigió al obispo de Alejandría, San Dionisio, y pretendió atraerlo a su opinión, pero el santo obispo le respondió con dulzura invitándolo a abandonar su pretensión episcopal y a adherirse sinceramente a Cornelio.

Había en la Iglesia de Roma un grupo particular que estuvo tentado a adherirse al cisma novaciano, y fue el de los confesores de la fe, es decir, el de aquellos que en la persecución habían sido arrestados y atormentados o encarcelados, pero que no habían muerto. Ellos hacían fuerte contraste con los lapsos que ante las mismas cosas —arresto, cárcel, tormentos, etc.— habían apostado. Estos confesores tendían al rigorismo, por parecerles que era mejor manera de subrayar su propio testimonio, pero finalmente los convenció el testimonio de Cornelio y se adherieron al papa, que no tuvo en cuenta las veleidades novacianas del grupo, sino que acogió a todos paternalmente.

Cornelio se vio precisado a reunir un sínodo de obispos en Roma, en el otoño del año 251 y en este sínodo se examinó la pretensión episcopal de Novaciano y sus alegatos doctrinales. El sínodo se estuvo por la legitimidad de Cornelio y condenó las tesis de Novaciano, señalando el poder de la Iglesia para reconciliar a los pecadores arrepentidos. Novaciano fue expulsado de la Iglesia.

Por su parte, Cipriano celebró también un sínodo en Cartago, en donde quedó establecido lo mismo que en Roma: que los lapsos arrepentidos, después de haber hecho la oportuna penitencia, podían ser reconciliados con la Iglesia. Cipriano notificó a Cornelio las decisiones de su sínodo, que Cornelio aprobó por completo.

Cipriano hubiera deseado en Cornelio una mayor decisión a la hora de condenar a Felicísimo que en Cartago encabezaba un cisma contra Cipriano y se queja de que Cornelio no fuera tan enérgico como él, pero esto no enturbió las relaciones de amistad entre ambos santos.

No llevaba sino dos años al frente de la comunidad cristiana de Roma, cuando Cornelio se vio obligado a salir de la ciudad e ir a Civitavecchia por orden del emperador Treboniano Galo, que no quería un obispo en Roma. Parece que en junio de ese año 253 Cornelio murió en Civitavecchia. A algunos les parece que sencillamente fue decapitado, a otros que murió de resultas de las penalidades padecidas desde su arresto y en el destierro. De todos modos la comunidad romana lo tuvo por mártir y con este título aparece en su lápida sepulcral en las catacumbas de San Calixto en la vía Apia, lo que indica que, aunque muerto en el destierro, su cuerpo fue llevado a enterrar a Roma.

José Repetto Betes

San Cipriano de Cartago

De converso a Obispo

El segundo teólogo y primer obispo africano mártir, Tascio Cecilio Cipriano, nació probablemente en Cartago entre los años 200-210, de familia pagana, rica, muy culta y metida en la burguesía. Refiere su biógrafo y discípulo Poncio que por influencia del presbítero cartaginés Ceciliano, o, según San Jerónimo, Cecilio, de quien habría recibido el sobrenombre, «se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres» (De vir, ill.

67; Vita, 4). Bajo su dirección habría comenzado el estudio de la Biblia y es verosímil que también el de los escritos tertulianistas. Precisamente en A Donato, primer opúsculo apologético y obra de todo un rétor, exterioriza ya, a propósito de la conversión, el plano político-moral. De hecho, en el relato conversional acumula elementos doctrinales tanto de la catequesis cristiana en África como de la expresión lingüística de la retórica, antes cursada y que, al decir del cronista dálmata, profesó y enseñó con brillantez, ejerciendo incluso de abogado. Hasta el fin de sus días, supo ser amigo de sus amigos paganos de alta posición.

Convertirse supuso en él profesar de lleno las virtudes sobremana cristianas de la caridad y la castidad, amén del sacrificio no menos visible y difícil de la renuncia a las letras profanas que había enseñado. Lo cierto es que, apenas convertido (246), y bautizado, recibió el sacerdocio. «Por aclamación del pueblo», también enfrentándose algunos presbíteros metidos en años, entre ellos Novato, es elegido, entre finales del 248 y principios del 249, obispo de Cartago. Su episcopado se reveló de capital interés para la historia de la Iglesia, y él, ejerciéndolo, de gran temple y subida espiritualidad.

Por de pronto hubo de iniciarlo enfrentado a las malas costumbres introducidas en su Iglesia metropolitana, aquella inolvidable Cartago, centro religioso y primera sede africana, entonces parte importante de la Iglesia universal, sin duda la más destacada en Occidente después de la de Roma: ella sola contaba con más de 150 obispados. De la gran persecución decretada por Decio en el 250 iba a quedar el espinoso problema de los lapsos, frente al cual se mostró inflexible a la vez que benévolo. A resultas de lo cual, no tardó en aparecer el cisma novaciano. Mientras tanto, y apenas pudo regresar a la sede cartaginesa en el 251, se entregó de cuerpo y alma a reorganizar la paz en la metrópoli.

De peor cariz, y peligrosamente escisoria en su caso, se reveló la controversia bautismal del siglo III entre Roma y Cartago, o lo que es igual, pero reducido a nombres, entre San Esteban I, papa, y San Cipriano, obispo de Cartago, a propósito del bautismo de los herejes: el metropolitano cartaginés y la Iglesia africana toda cerrando filas con él, defendían el re-bautismo. Aunque según tradiciones la problemática quedó resuelta en Arlés (314), por lo que hace a las personas fue la nueva persecución de Valeriano la que, de momento, lo aplazó con el martirio de Esteban I (30 de agosto de 257). Tras el destierro a Curubis (provincia Zeugitania), no tardó en ser reconducido a Cartago, donde Cipriano murió mártir el 14 de septiembre de 258.

Pedro Langa O.S.A

Sáb

17
Sep

2022

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“La guardan y dan fruto con perseverancia”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 35-37. 42-49

Hermanos:

Alguno preguntará: « ¿Y cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?» Insensato, lo que tú siembras no recibe vida si (antes) no muere. Y al sembrar, no siembras el cuerpo que llegará a ser, sino un simple grano, de trigo, por ejemplo, o de cualquier otra planta.

Lo mismo es la resurrección de los muertos: se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual.

Efectivamente, así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en viviente. El último Adán, un espíritu vivificante. Pero no fue primero lo espiritual, sino primero lo material. y después lo espiritual. El primer hombre, que proviene de la tierra, es terrenal; el segundo hombre es del cielo. Como el hombre terrenal, así son los de la tierra; como el celestial, así son los del cielo. Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.

Salmo de hoy

Sal 55, 10. 11-12. 13-14 R/. Caminaré en presencia de Dios a la luz de la vida

Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco,
y así sabré que eres mi Dios. R/.

En Dios, cuya promesa alabo,
en el Señor, cuya promesa alabo,
en Dios confío y no temo;
¿qué podrá hacerme un hombre? R/.

Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias;
porque libraste mi alma de la muerte, mis pies de la caída;

para que camine en presencia de Dios a la luz de la vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 4-15

En aquel tiempo, habiéndose reunido una gran muchedumbre y gente que salía de toda la ciudad, dijo Jesús en parábola:

«Salió el sembrador a sembrar su semilla.

Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros del cielo se lo comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, y, después de brotar, se secó por falta de humedad.

Otra parte cayó entre abrojos, y los abrojos, creciendo al mismo tiempo, la ahogaron.

Y otra parte cayó en tierra buena, y, después de brotar, dio fruto al ciento por uno».

Dicho esto, exclamó:

«El que tenga oídos para oír, que oiga».

Entonces le preguntaron los discípulos qué significaba esa parábola.

Él dijo:

«A vosotros se os ha otorgado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, "para que viendo no vean y oyendo no entiendan".

El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios.

Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven.

Los del terreno pedregoso son los que, al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan.

Lo que cayó entre abrojos son los que han oído, pero, dejándose llevar por los afanes, riquezas y placeres de la vida, se quedan sofocados y no llegan a dar fruto maduro.

Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia».

Reflexión del Evangelio de hoy

Se siembra lo corruptible, resucita incorruptible

Hay cosas "naturales" que no las comprendemos, pero las admitimos sin dificultad. Así, admitimos que el grano de trigo se transforme en espiga, pero desconocemos cómo sucede ese fenómeno.

Con las cosas "espirituales" sucede lo mismo. Por eso San Pablo en la lectura de hoy pone el ejemplo de lo que sucederá con los cuerpos resucitados,

No nos ofrece una explicación de ese acontecer porque no la tiene. Pero sí nos ofrece un hecho lleno de esperanza y pleno de realidad: "aunque no podamos explicar cómo sucederá, una cosa es segura: que resucitaremos porque la Palabra de Dios lo afirma así: "los muertos resucitarán".

Y la resurrección afectará a todo nuestro ser, a todo lo que somos y sentimos. No será un "yo ideal" el que vivirá, sino nuestro propio ser en todas sus dimensiones. Ante la pregunta que se pueda hacer sobre ¿cómo será eso?, cabe la respuesta que la Palabra de Dios da en muchas ocasiones: "para Dios nada hay imposible; es suficiente con que lo creas y se realizará.

Da fruto perseverando

El Señor, que va caminando de ciudad en ciudad, siembra a voleo su Palabra de salvación. El protagonista de este pasaje es la semilla y no el sembrador. Frente al fracaso aparente, llegará a producir abundante cosecha en el futuro porque la fuerza de la semilla no puede ahogarse.

Si la lluvia y la nieve no vuelven vacías al cielo, la Palabra de Dios no puede perderse. Es verdad que depende de la acogida que se le dé. Pero el fruto está asegurado puesto que la semilla tiene gran fuerza en sí misma, aunque la fecundidad dependa del terreno en el que caiga. La Palabra salvadora de Dios se ofrece a todos los hombres, como la semilla que el sembrador esparce a voleo en su tierra,

Una parte de esa semilla no llega a dar fruto por "agentes externos" a la misma: los pájaros que la comen, las piedras que la entorpecen o las zarzas que le roban la sazón. A pesar de que hay varios tipos de oyentes en los que la semilla se va a perder, la parábola nos ofrece un verdadero mensaje de esperanza ya que dará abundante cosecha porque va a ser acogida con fe y alegría entre los "pobres", "los pequeños", "los pecadores".

¿Cómo acogemos la semilla, qué clase de tierra somos, cómo la tratamos, cómo la cuidamos, cómo la defendemos?



Fr. Carlos Oloriz Larragueta O.P.
Casa Ntra.Sra. de los Ángeles (Vitoria)

El día **18 de Septiembre de 2022** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).

